

Elena Poniatowska
Las soldaderas

© 1999, Elena Poniatowska
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Fotografías de interiores: p. 8. Revolucionario villista con mujer humilde y niña en patio de estación de ferrocarril. Casasola (ca. 1914). / p. 16. Soldadera besa a revolucionario. Strauss (ca. 1913). / p. 18. Soldadera y revolucionarios en un campamento. Casasola. (ca. 1913). / p. 23. Emiliano y Eufemio Zapata con sus esposas. Casasola. / p. 24. Soldados federales, soldaderas y administrador del ferrocarril, en el estribo de un vagón. Casasola (1913). / p. 39. Soldado se despide de su mujer en la estación de Buenavista. Casasola (1913). / p. 40. Soldado federal se despide de mujeres desde la ventanilla de un vagón. Casasola (ca. 1914). / p. 41. Mujer entrega a su hijo a un soldado para que se despida. Casasola (ca. 1913). / p. 42. Soldaderas con utensilios propios de la vida revolucionaria en estación de ferrocarril. Casasola (1914). / p. 43. Tren militar revolucionario. Casasola. / p. 44. Soldadera con tropas huertistas en la estación del ferrocarril. Casasola (ca. 1913). / p. 45. Soldado abraza a su mujer. Casasola (ca. 1914). / pp. 46-47. Revolucionarios en descanso. Casasola. / p. 48. Militar acompañado por su esposa. Casasola (ca. 1915). / p. 49. Soldado federal junto a una mujer. Casasola (ca. 1917). / p. 50. Soldado federal con su mujer en la estación de Buenavista. Casasola (ca. 1914). / p. 51. Soldadera visitando cuartel federal. Casasola. (ca. 1910). / p. 52. Ramón F. Iturbe acompañado de revolucionarios. (ca. 1915). / p. 53. Revolucionarios villistas y mujer humilde en un campo. Casasola (ca. 1914). / pp. 54 y 55. Soldaderas en el estribo de un tren en la estación de Buenavista. Casasola (1912). / p. 56. Soldado revolucionario y soldadera. Casasola (ca. 1914). / p. 61. Revolucionarios y soldaderas. Casasola. / p. 62. Soldaderas con uniformes acompañadas de dos hombres. Casasola (ca. 1917). / p. 66. Soldadera con arma y cananas. Casasola (ca. 1921). / p. 74. Adela Velarde Pérez, soldadera. Garduño. / p. 79. Mujer maderista posa para retrato en un patio. Casasola (ca. 1913). / p. 80. Valentina Ramírez, soldadera. Casasola (ca. 19??). / p. 85. Carmen Robles. Casasola (ca. 1913). / p. 86. Mujer caracteriza a una Adelita durante un desfile. Casasola (1950). / p. 96. Soldadera. Casasola (ca. 1910). / p. 97. Federales y familiares en el techo de los vagones de un tren. Casasola (ca. 1914). / pp. 98 y 99. Soldaderas en posición para disparar contra las gavillas de José Inés Chávez García. Casasola (ca. 19??). / p. 100. Tropas federales entran a trote en los patios de la estación Buenavista. (1913). / p. 101. Soldaderas salen del 18o. Batallón del cuartel de la Piedad con carros y artillería. Casasola (ca. 1914).

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2024
ISBN: 978-607-39-0629-6

Primera edición impresa en México: febrero de 2024
ISBN: 978-607-39-0614-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*



«—¡Mi general ofrece que respetará la vida de quienes se rindan inmediatamente!

»Los soldados no contestaron.

»—¡Mi general ofrece que respetará la vida de quienes se rindan inmediatamente!

»Al entrar Villa en Camargo acompañado por el general Uribe, una mujer desfigurada por el dolor se precipitó a su encuentro. Hincada a dos pasos del jefe rebelde, los brazos en cruz, imploró: “Señor, por el amor de Dios, no mate usted a mi marido. ¡Se lo ruego por su madre!”.

»—¿Quién es su marido, señora? —preguntó Villa.

»—El pagador, un simple empleado de gobierno, él no es combatiente y ese señor que está a

su lado (el general Baudelio Uribe) lo mandó con una escolta a un lugar desconocido.

»Sin inmutarse, el general Uribe le aclaró a Villa:

»—El pagador ya está en la olla.

»Al oírlo, la mujer sufrió una metamorfosis asombrosa. Se puso de pie, la expresión de su rostro y sus palabras no eran ya de súplica sino de venganza [...].

»—¡Bandido hijo de...! ¡Asesino! ¿Por qué no me mata a mí también?

»Sonó un disparo de pistola calibre 44, y la viuda del pagador rodó por tierra con el cráneo destrozado».

El asesinato de la mujer no bastó para calmar la furia de Villa. Algunos de sus partidarios locales, temerosos de que las soldaderas carrancistas los denunciaran, le pidieron que las eliminara. Villa ordenó la ejecución de las noventa prisioneras.

Rafael F. Muñoz se basó en este episodio (consignado por José María Jaurrieta) para escribir su relato «Un disparo al vacío», pero para él las mujeres son sólo sesenta. Denuncia cómo trataba Villa a los hombres y a las mujeres hechos prisioneros

en combate. Su retrato hablado de Villa es impactante. Se nos graba en la memoria el brillo duro de sus ojos separados, su bigote hirsuto, los dientes «como de mastín encajados dentro de unas mandíbulas anchas y apretadas», la piel quemada por los vientos del invierno norteño, la crueldad de las actitudes.

Según el novelista, en 1916 los dorados arrebataron a los carrancistas la estación de ferrocarril de Santa Rosalía, Camargo, Chihuahua. Sesenta soldaderas con sus hijos fueron hechas prisioneras. Un disparo salió del grupo de mujeres y alcanzó el sombrero del Centauro del Norte.

Para Rafael F. Muñoz, la voz de Villa fue un rugido, sus ojos, un incendio.

«—Mujeres, ¿quién tiró?».

El cuentista Muñoz relata cómo el grupo de mujeres se apretó todavía más. De ahí había partido el disparo. Villa sacó su pistola y la levantó vertical a la altura de la cabeza.

«—Mujeres, ¿quién tiró? [...].

»Una mujer vieja, picada de viruelas, levantó el brazo y gritó:

«—Todas... ¡Todas quisiéramos matarte!

»El cabecilla retrocedió.

»—¿Todas?, pues todas morirán antes que yo [...].

»Los infantes comenzaron a amarrarlas, cuatro, cinco o seis en cada aro. Apretaban bien las cuerdas, ceñían las carnes. En poco tiempo, las sesenta mujeres quedaron atadas en diez o doce mazos de carne humana, unas verticales, otras tiradas en el suelo como bultos de leña, como barriles.

»Las soldaderas gritaban, no de dolor, sino de cólera. No lanzaban ayes, sino insultos. No pedían misericordia, sino amenazaban una venganza imposible. Y las injurias más soeces, más violentas, más descarnadas, salieron de aquel hacinamiento de mujeres comprimidas por las cuerdas. Sesenta bocas insultando a un tiempo mismo, sesenta odios desbordándose contra un solo objetivo, sesenta imaginaciones buscando la frase más cruel, más hiriente, más amarga. Una verdadera sinfonía de imprecaciones y de maldiciones [...].

»Como la leña estaba seca y soplabla el viento, la pira humana ardió rápidamente. Primero se incendiaron las enaguas de las mujeres, sus cabellos, y pronto olió a carne quemada. Sin embargo, las soldaderas no dejaron de insultar a Villa. Y en el

momento en que las cubrían las llamaradas, Villa todavía escuchó una voz ronca que gritaba desde la pira:

»—¡Perro, hijo de perra, habrás de morir como perro!

»Uno de los dorados de Villa le disparó y se derrumbó sobre la leña ardiendo.

»Los dorados regresaron a la población en silencio, hasta que el jefe habló:

»—¡Qué diantres de mujeres tan habladoras! ¡Cómo me insultaron! Ya me comenzaba a dar coraje».

Varias versiones confirman la masacre de las soldaderas. Una de ellas afirma que una soldadera, cuyo marido había muerto en la batalla, le disparó. Otra, que una coronela confundida con el grupo de mujeres aprovechó la oportunidad para intentar asesinarlo, y una más difiere de Rafael F. Muñoz y sostiene que la esposa del pagador lo hizo en un momento de desesperación.

Villa les pidió a las mujeres que señalaran a la culpable. Nadie respondió. Entonces ordenó:

—Fusílenlas una por una hasta que digan quién fue.

Nadie se movió. Prefirieron morir a delatarse.

A la hora de enterrar los cuerpos, un soldado encontró un bebé aún con vida. Le preguntó a Villa qué hacer con él. «¿Lo vas a cuidar tú?», inquirió Villa. Al no recibir respuesta, le ordenó que lo matara también.

El coronel José María Jaurrieta, fiel secretario del Centauro del Norte, escribió que esta masacre le hizo pensar en el infierno de Dante y el horror de aquellas noventa mujeres masacradas por las villistas lo marcó para siempre.

«Aquel cuadro fue dantesco. Dudo que pluma alguna pueda describir fielmente las escenas de dolor y espanto que se registraron esa mañana del 12 de diciembre de 1916. ¡Llanto!, ¡sangre!, ¡desolación!, noventa mujeres sacrificadas, hacinadas unas sobre otras, con los cráneos hechos pedazos y pechos perforados por las balas villistas».

Friedrich Katz también cita a Jaurrieta, quien sugiere que Villa lo hizo en defensa propia. O casi. Si una de las soldaderas intentó matarlo, Villa acabó con todas. Friedrich Katz concluye en su *Pancho Villa*: «La masacre de estas soldaderas y la violación de las mujeres de Namiquipa fueron las mayores atrocidades que cometió Villa contra la población civil durante sus años como

revolucionario. Constituyeron un cambio fundamental en la conducta que había seguido antes de su derrota de 1915. Hasta ese momento, prácticamente todos los observadores habían quedado impresionados por la disciplina que Villa mantenía y por sus esfuerzos por proteger a los civiles y en especial a los miembros de las clases más bajas».



Que las soldaderas llevaron la peor parte de la Revolución nos lo dice también el pintor Juan Soriano.

Del mundo intelectual, el único que ha dicho que su madre fue una soldadera es Soriano. Amelia Rodríguez Soriano, alias la Leona, siguió a Rafael, su marido, al norte. Cerca de Torreón, según Soriano, las mujeres permanecieron en la retaguardia junto con los asistentes y la impedimenta. Como no terminaba el combate, algunos muchachos se pusieron a tocar guitarra y a bailar con las soldaderas. La madre de Soriano les dijo: «No

bailen. Aquéllos están jugándose la vida en la batalla y ustedes echando relajo. Si se enteran, las van a matar».

Dicho y hecho, los soldados regresaron y mataron a sus mujeres con todo y galancitos.



En 1916, Elisa Griensen Zambrano, de 13 años de edad, se convirtió en una «provocadora».

Las tropas norteamericanas entraron al pueblo de Parral, Chihuahua, en busca de Pancho Villa después de su ataque a Columbus, Nuevo México. Al ver la niña que nadie reaccionaba, le gritó al presidente municipal:

—¿Qué, no hay hombres en Parral? Si no los pueden echar, nosotras, las mujeres, lo haremos.

Elisa Griensen reunió a mujeres y niños; les pidió que trajeran lo que tenían a la mano: armas, palos y piedras. Enardecidas, los brazos en alto,

las mujeres rodearon al comandante en jefe norteamericano y lo obligaron a gritar: «¡Viva Villa, Viva México!», mientras ordenaba la retirada.

Si Villa, en el norte, fue el azote de las mujeres, Zapata en cambio jamás las humilló, como lo consigna John Womack en su libro *Zapata y la Revolución Mexicana*:

«En Puente de Ixtla, Morelos, las viudas, las esposas, las hijas y las hermanas de los rebeldes formaron su propio batallón y se rebelaron para “vengar a los muertos”. Al mando de una fornida extortillera llamada la China, hicieron salvajes incursiones por el distrito de Tetecala; vestidas unas con harapos, otras con delicadas ropas robadas, con medias de seda y vestidos del mismo material, huaraches, sombreros de petate y cananas, estas mujeres se convirtieron en el terror de la región. Hasta De la O trataba a la China con respeto».

Josefina Bórquez, en su informe para *Hasta no verte Jesús mío*, afirma que Emiliano Zapata era muy bueno con las mujeres, y para demostrarlo cuenta cómo ella y cuatro casadas fueron detenidas en Guerrero —nidada de zapatistas—, entre Agua del Perro y Tierra Colorada.

Los zapatistas les salieron al encuentro. Se las entregaron al general Zapata en persona. Él les preguntó si tenían ametralladoras y Josefina respondió que no a todas sus preguntas. Zapata la tranquilizó:

—Bueno, pues aquí van a andar con nosotros mientras llegue su destacamento.

Permanecieron quince días en su campamento; las atendieron muy bien. Zapata les mandó poner una casa de campaña a su lado y cuidó que no les faltaran provisiones: azúcar, café, arroz. Comieron mucho mejor que con los carrancistas.

Cuando el general Zapata supo que los carrancistas estaban en Chilpancingo, les dijo que él mismo las entregaría. Se quitó la ropa de general y, desarmado, en calzones de manta, las encaminó. A sus soldados les dio la orden:

—Quédense atrás. Ninguno va conmigo. Voy a demostrarles a los carrancistas que yo peleo por la Revolución, no por apoderarme de las mujeres.

En la puerta del cuartel le pegaron el «¿Quién vive?» y contestó:

—México.

El centinela inquirió:

—¿Quién es usted?

—Zapata.

—¿Usted es Emiliano Zapata?

—Yo soy.

—Pues se me hace raro que usted sea porque viene solo, sin resguardo.

Salió el padre de Josefina Bórquez.

—Sí, vengo solo escoltando a las mujeres que voy a entregarle. No se les ha tocado para nada; se las devuelvo tal y como fueron avanzadas. Usted se hace cargo de las cuatro casadas porque me dijeron que venían cuidando a su hija Josefina Bórquez. Usted debe responsabilizarse de que las casadas no vayan a sufrir con sus maridos.

—Sí, está bien.

Zapata se dio la media vuelta y desapareció.

Josefina Bórquez, alias Jesusa Palancares, también cuenta cómo se enfrentó a Venustiano Carranza en el Palacio Nacional, en la ciudad de México. El Barbas de Chivo se había comprometido a pagarles los haberes de marcha y las pensiones a las viudas y a las soldaderas, pero a la mera hora cambió de opinión:

—Si estuvieras vieja te pensionaba el gobierno, pero como estás muy joven, cualquier día te

vuelves a casar y el muerto no puede mantener al otro marido que tengas.

Jose-Jesusa, encolerizada, rompió sus comprobantes y se los aventó a la cara a Venustiano Carranza.

—¡Ah, cómo eres grosera!

—¡Más grosero es usted! Más que grosero, ladrón, porque le quita el dinero a los muertos.



